

*Fu*bileo

DE LOS CATEQUISTAS



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA



COMISIÓN EPISCOPAL PARA
LA EVANGELIZACIÓN, CATEQUESIS
Y CATECUMENADO



“Cuando educamos en la fe no hacemos un adiestramiento, sino que ponemos en el corazón la palabra de vida.”

Papa León XIV
27-09-2025

INTRODUCCIÓN DE FRANCISCO JULIÁN ROMERO GALVÁN

Director de la Comisión de evangelización, catequesis y catecumenado de la CEE

El jubileo de la esperanza ha convocado en Roma a unos 24.000 catequistas de todo el mundo, de entre los cuales 800 fueron de España. El encuentro de aquellos que el Señor ha llamado a la tarea del anuncio de la Palabra con el fin de hacer nuevos discípulos de Cristo por medio de la iniciación cristiana, ha revitalizado su vocación y les ha llenado de ardor misionero para seguir en sus comunidades sirviendo a la Iglesia como testigos de la Buena Noticia del Señor.

Entre los días 26 y 28 de septiembre de 2025 hemos vivido los catequistas unas jornadas hermosas en las que expresamos nuestra fraternidad y la alegría de la vocación. El viernes 26 nos encontramos los españoles en una iglesia cercana a San Pedro para vernos, compartir lo que somos y hacemos y partir juntos hacia la basílica de San Pedro, donde tendríamos una vigilia de oración con todos los catequistas que había llegado esos días a Roma. En esta vigilia, además de compartir la fe en la presencia de Dios, pudimos escuchar el testimonio de tres catequistas de diferentes continentes que a todos nos impactó, especialmente de aquellos que, aun estando perseguidos por anunciar a Jesucristo, lo seguían haciendo porque esa era la voluntad de Dios.

En la jornada del sábado 27 nos encontramos todos los peregrinos con el papa León que nos alentó a vivir en la esperanza y a poner siempre nuestra mirada en Cristo, Salvador de los hombres. Al finalizar este encuentro los diferentes grupos pudieron hacer la peregrinación hacia la Puerta Santa o hacer una visita por la ciudad. Por la tarde, todos los catequistas participantes, estaban convocados por grupos de idiomas a una catequesis. Los españoles pudimos unirnos a otros grupos de habla hispana en cuatro lugares donde recibimos las catequesis de nuestros obispos Don Mikel Garcíaíandia, obispo de Palencia, Don Francisco José, arzobispo de Santiago de Compostela, Don Carlos Escribano, arzobispo de Zaragoza y Don Francisco Conesa, obispo de Solsona. Fueron estos encuentros muy valorados por los participantes. Es esta la razón que nos anima a ofrecer este pequeño libro digital en el que se recogen las cuatro catequesis y la homilía del papa del domingo 28 de septiembre. Esta Eucaristía de clausura del jubileo de catequistas fue singular. En ella se instituyeron 39 catequistas de todo el mundo de manos del papa León, de entre los cuales 3 fueron españoles: Jesús de Orihuela-Alicante, Goyi de Sigüenza-Guadalajara

e Isabel de Sant Feliu de Llobregat. A ellos nuestra enhorabuena con el deseo que abran camino para que el ministerio de catequista se vaya haciendo realidad en todas las diócesis de España.

La catequesis es una misión preciosa que nos encomienda el Señor. Ser catequista es una vocación para iniciar en la fe a los niños, adolescentes y adultos de nuestras comunidades. El Señor en este año jubilar nos invita a todos a vivir con ilusión nuestra tarea y a poner en ella esperanza porque el Señor nos primerea, va por delante y hace fecundar nuestra acción. Nosotros a sembrar a tiempo y a destiempo, teniendo clara nuestra meta y procurando que aquellos que se nos encomiendan puedan encontrarse con Cristo y seguirle como discípulos en la Iglesia. Sigamos adelante, Dios quiere seguir haciendo obras grandes a través de nosotros. Seamos testigos de la Buena Noticia de Jesucristo. Cristo cuenta contigo, ánimo y adelante.



Jubileo de los catequistas 2025
HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
Plaza de San Pedro
XXVI domingo del Tiempo Ordinario, 28 de septiembre
de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras de Jesús nos comunican cómo Dios contempla el mundo, en cada tiempo y en cada lugar. En el Evangelio que hemos escuchado (Lc 16,19-31), sus ojos observan a un pobre y a un rico, el que muere de hambre y el que engulle frente a él; ven la vestimenta elegante de uno y las llagas del otro, lamidas por los perros (cf. Lc 16,19-21). Pero no sólo eso: el Señor mira el corazón de los hombres y, a través de sus ojos, nosotros reconocemos a un indigente y a un indiferente. Lázaro es olvidado por quien está frente a él, justo después de la puerta de su casa; sin embargo, Dios está cerca suyo y recuerda su nombre. El hombre que vive en la abundancia, en cambio, no tiene nombre, porque se pierde a sí mismo, olvidándose del prójimo. Está disperso en los pensamientos de su corazón, lleno de cosas y vacío de amor. Sus bienes no lo hacen bueno.

El relato que Cristo nos confía es, lamentablemente, muy actual. A las puertas de la opulencia se encuentra hoy la miseria de pueblos enteros, azotados por la guerra y la explotación. Nada parece que haya cambiado a lo largo de los siglos, cuántos Lázaros mueren frente a la avaricia que olvida la justicia, al beneficio que pisotea la caridad, a la riqueza ciega frente al dolor de los necesitados. Sin embargo, el Evangelio asegura que los sufrimientos de Lázaro tienen un final. Sus dolores terminan, así como terminan los banquetes del rico, y Dios hace justicia a ambos: «El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado» (v. 22). La Iglesia, sin cansarse, anuncia esta palabra del Señor, para que nuestros corazones se conviertan.

Queridos hermanos, por una singular coincidencia, este mismo pasaje evangélico fue proclamado precisamente durante el Jubileo de los Catequistas en el Año de la Misericordia. Dirigiéndose a los peregrinos venidos a Roma por esa circunstancia, el Papa Francisco destacó que Dios redime el mundo de todo mal, dando su vida por nuestra salvación. Su acción es el comienzo de nuestra misión, porque nos invita a darnos nosotros mismos por el bien de todos.

Decía el Papa a los catequistas: «Este centro, alrededor del cual gira todo, este corazón que late y da vida a todo es el anuncio pascual, el primer anuncio: el Señor Jesús ha resucitado, el Señor Jesús te ama, ha dado su vida por ti; resucitado y vivo, está a tu lado y te espera todos los días» (Homilía, 26 septiembre 2016). Estas palabras nos hacen reflexionar sobre el diálogo entre el hombre rico y Abraham, que hemos escuchado en el Evangelio. Se trata de una súplica que el rico expresa para salvar a sus hermanos y que se vuelve un desafío para nosotros.

Hablando con Abraham, en efecto, él exclama: «Si alguno de los muertos va a verlos, se convertirán» (Lc 16,30). Abraham responde de este modo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convencerán» (v. 31). Ahora bien, uno resucitó de entre los muertos: Jesucristo. Las palabras de la Escritura, pues, no quieren decepcionarnos o desanimarnos, sino despertar nuestra conciencia. Escuchar a Moisés y a los Profetas significa hacer memoria de los mandamientos y las promesas de Dios, cuya providencia no abandona nunca a nadie. El Evangelio nos anuncia que la vida de todos puede cambiar, porque Cristo ha resucitado de entre los muertos. Este acontecimiento es la verdad que nos salva; por eso debe conocerse y anunciarse, pero no es suficiente. Debe amarse, y es este amor el que nos lleva a comprender el Evangelio, porque nos transforma abriendo el corazón a la palabra de Dios y al rostro del prójimo.

En este sentido, ustedes catequistas son esos discípulos de Jesús que se convierten en sus testigos. El nombre del ministerio que llevan adelante proviene del verbo griego *katêchein*, que significa instruir de viva voz, hacer resonar. Eso quiere decir que el catequista es una persona de palabra, una palabra que pronuncia con su propia vida. Por eso los primeros catequistas son nuestros padres, aquellos que hablaron con nosotros primero y nos enseñaron a hablar. Así como aprendimos nuestra lengua materna, del mismo modo el anuncio de la fe no puede delegarse a otros, sino que se realiza allí donde vivimos, principalmente en nuestras casas, alrededor de la mesa. Cuando hay una voz, un gesto, un rostro que lleva a Cristo, la familia experimenta la belleza del Evangelio.

Todos hemos sido educados a creer mediante el testimonio de quien ha creído antes de nosotros. Desde niños y adolescentes, siendo jóvenes, después adultos y también ancianos, los catequistas nos acompañan en la fe compartiendo un camino constante, como han hecho ustedes en estos días, en la peregrinación jubilar. Esta dinámica involucra a toda la Iglesia; en efecto, mientras en Pueblo de Dios genera hombres y mujeres en la fe, «va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la

sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad» (Const. dogm. Dei Verbum, 8). En esa comunión, el Catecismo es el “instrumento de viaje” que nos protege del individualismo y las discordias, porque confirma la fe de toda la Iglesia católica. Cada fiel colabora en su obra pastoral escuchando las preguntas, compartiendo las pruebas, sirviendo al deseo de justicia y de verdad que reside en la conciencia humana.

De esa manera los catequistas enseñan, es decir, dejan un signo interior; cuando educamos en la fe no hacemos un adiestramiento, sino que ponemos en el corazón la palabra de vida, para que produzca frutos de vida buena. Al diácono Deogracias, que le preguntó cómo ser un buen catequista, san Agustín le respondió: «Explica cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame» (De catechizandis rudibus, 4, 8).

Queridos hermanos y hermanas, hagamos nuestra esta invitación. Recordemos que nadie da lo que no tiene. Si el rico del Evangelio hubiera tenido caridad con Lázaro, habría hecho el bien, no sólo al pobre, sino también a sí mismo. Si ese hombre sin nombre hubiera tenido fe, Dios lo habría salvado de todo tormento; fue el apego a las riquezas mundanas lo que le quitó la esperanza del bien verdadero y eterno. Cuando también nosotros estamos tentados por la avaricia y la indiferencia, los muchos Lázaros de hoy nos recuerdan la palabra de Jesús, convirtiéndose para nosotros en una catequesis aún más eficaz en este Jubileo, que es para todos un tiempo de conversión y de perdón, de compromiso por la justicia y de búsqueda sincera de la paz.



Jubileo de los catequistas 2025
Basilica del Sacro Cuore di Gesù a Castro Pretorio
Catequesis impartida por D. Francisco José Prieto
27 de septiembre de 2025
La catequesis como puerta de la esperanza

Oración breve:

Señor Jesús, Tú eres nuestra esperanza.
Abre nuestro corazón a tu Palabra
y haznos testigos de tu amor
para que nuestra catequesis sea siempre
una puerta que conduce a Ti.
Amén

1. Introducción: el marco jubilar

- El Jubileo es un tiempo de gracia, reconciliación y renovación.
- El Papa Francisco lo ha convocado bajo el lema: “Peregrinos de la esperanza”.
- Como catequistas, somos llamados a transmitir la fe no solo como doctrina, sino como camino de esperanza.
- La peregrinación a Roma nos recuerda que la Iglesia camina hacia Cristo resucitado, nuestra esperanza viva.

Pregunta para reflexionar:

¿Qué significa para mí que la catequesis pueda abrir puertas de esperanza?

2. La Palabra de Dios ilumina nuestro caminar

“Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones” (Bula Jubileo 2025, 1).

Texto bíblico: 1 Pe 3,15

“Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida, pero con mansedumbre y respeto.”

Claves:

- La catequesis no es solo transmitir ideas, sino comunicar razones de esperanza.
- La catequesis no es solo enseñar contenidos: es dar razón de la esperanza que nos sostiene.
- El catequista es testigo: muestra con su vida que la fe es una esperanza confiable.
- La esperanza no es ilusión, sino certeza de que Dios es fiel.
- El Jubileo nos recuerda que Cristo es la Puerta (Jn 10,7). Cuando abrimos la fe a los demás, abrimos la puerta de la esperanza: «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,1-2.5).

Pregunta para reflexionar:

¿Qué me da esperanza a mí hoy?

3. La catequesis: espacio donde se abre la puerta de la esperanza

- Puerta: símbolo bíblico y jubilar. Atravesar una puerta es pasar/entrar a la vida nueva.
- La catequesis abre la puerta a la fe, que introduce en la esperanza de la salvación.
- Tres dimensiones de la esperanza en la catequesis:

1. Anunciar a Cristo vivo: no una idea, sino una Persona que resucitó.

2. Acompañar procesos: porque la esperanza se cultiva paso a paso. educar en la paciencia (saber esperar).

3. Mostrar el horizonte de eternidad: más allá de los problemas, hay promesa de plenitud.

4. Testigos de esperanza para hoy

- En un mundo marcado por la incertidumbre (guerras, crisis, soledad), la catequesis debe ser antídoto contra el desánimo.
- El catequista:
 - Escucha las heridas y preguntas de los demás.
 - Anima con palabras y gestos de misericordia.
 - Abre caminos a una esperanza concreta: la vida nueva en Cristo.

En nuestro camino no estamos solos. La Iglesia está llena de testigos que han abierto puertas de esperanza: santos, mártires, catequistas entregados.

De manera especial miramos a María, Madre y Estrella de la esperanza, que acompañó a los discípulos en los momentos de oscuridad.

Pregunta para reflexionar:

¿Qué esperanza quiero transmitir a mis catequizandos este año?

Oración final

Señor Jesús,

Tú eres nuestra esperanza viva.

Haz de nuestra catequesis una puerta abierta a tu amor,

que los niños, jóvenes y adultos a quienes servimos

descubran en Ti la alegría de creer

y la certeza de que nunca defraudas.

María, Madre de la esperanza, acompáñanos en este Jubileo,

acompaña nuestra misión de catequistas.

Amén.



Jubileo de los catequistas 2025
Iglesia de Santa María del Rosario in Prati
Catequesis impartida por D. Carlos Manuel Escribano Subía
27 de septiembre de 2025
La catequesis como puerta de la esperanza

Peregrinos

- Somos peregrinos. El hombre siempre está en camino. La imagen de la peregrinación resume muy bien el deseo de búsqueda que está innato en el corazón del ser humano.
- Hemos venido a Roma como peregrinos. Somos catequistas y estamos acostumbrados a acompañar y guiar. Pero ahora somos nosotros los que pedimos la fuerza del Espíritu para que este Jubileo reavive nuestro ministerio eclesial.
- Con nuestra presencia en torno a Pedro expresamos algo que nos caracteriza a los catequistas, nuestra fidelidad y nuestro deseo de transmitir la fe de la Iglesia. Somos enviados, actuamos en nombre de la comunidad.
- Peregrinamos para encontrarnos con Cristo, para que Él nos manifieste el amor del Padre y nos reenvíe para que nosotros seamos testimonio de ese amor.
- “No es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial” (Bula de convocatoria Spes non confundit 5, Francisco)
- “La valentía de elegir surge del amor que Dios nos manifiesta en Cristo. Él es quien nos ha amado con todo su ser salvando el mundo y mostrándonos así que el camino para realizarnos como personas es dar la vida. Por eso, el encuentro con Jesús corresponde a las esperanzas más profundas de nuestro corazón, porque Jesús es el Amor de Dios hecho hombre” (León XIV, Jubileo Jóvenes 2025)

Catequesis

- El recordado papa Francisco al convocarnos en este Jubileo expresó el objetivo del mismo manifestando que era un encuentro con Cristo. Encuentro que se expresaba simbólicamente atravesando la Puerta Santa para adentrarnos en el corazón de Cristo.

- De la misma manera el Año Jubilar ha querido ser un gran canto a la esperanza en un tiempo de constantes discordias y llamadas a la desesperanza. El mismo papa Francisco nos lo decía al convocarlo tras la pandemia del Covid.
- Estas dos realidades nos reafirman en lo que somos y hemos sido llamados a ejercer. El objetivo de la catequesis es conseguir un encuentro con Cristo, es más, una intimidad, nos dice la exhortación CT de Juan Pablo II. El catequista está al servicio de esta amistad con Cristo, la desea, la suscita, la propone, la acompaña...
- De la misma manera la catequesis como nos recuerda el DF del Sínodo es un laboratorio en donde se acoge, se escucha, se interactúa. La catequesis está al servicio de la misión, de la misión de la esperanza, de adentrarse en los horizontes de una vida nueva, renovada por la fe. Iniciar procesos de fe es iniciar a la esperanza.

“El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad” (Catechesi Tradendae 5, Juan Pablo II)

“Entre las prácticas formativas que pueden recibir un nuevo impulso de la sinodalidad, se debe prestar particular atención a la catequesis para que, además de declinarse en los itinerarios de la Iniciación, sea cada vez más “en salida” y hacia afuera. Las comunidades de discípulos misioneros sabrán practicarla en el signo de la misericordia y acercarla a la experiencia de cada uno, llevándola a las periferias existenciales, sin perder en esto la referencia al Catecismo de la Iglesia Católica. Puede convertirse así en un “laboratorio de diálogo” con los hombres y mujeres de nuestro tiempo (cf. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, Directorio general para la catequesis, 54) e iluminar su búsqueda de sentido. En muchas Iglesias, los catequistas son el recurso fundamental para el acompañamiento y la formación; en otras, su servicio debe ser más valorado y sostenido por la comunidad, alejándose de una lógica de delegación, que contradice la sinodalidad. Teniendo en cuenta la amplitud de los fenómenos migratorios, es importante que la catequesis promueva el conocimiento mutuo entre las Iglesias de los países de origen y de acogida” (Documento Final del Sínodo 145)

Puerta

- En estos días hemos atravesado la Puerta Santa, un signo de conversión y que simboliza el deseo de iniciar una nueva vida.
- Atravesar la Puerta Santa es desear pertenecer a Jesús, adentrarnos en su misma vida que habita en la Iglesia.

- La catequesis también es puerta, es emprender un camino de iniciación en la fe. La catequesis es un proceso de aprendizaje por el cual nos adentramos en la comunidad. La catequesis es puerta a la esperanza tanto en cuanto es puerta que se nos abre para conocer, amar y seguir al Maestro.
- La catequesis a través de sus tareas nos presenta un camino equilibrado de iniciación y personalización de la fe.

“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos” (Jn 10, 9)

“Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo” (Bula de convocatoria Spes non confundit 6, Francisco)

“Para lograr su finalidad, la catequesis desarrolla diversas tareas, interconectadas entre sí, que se inspiran en el modo en que Jesús formó a sus discípulos: les daba a conocer los misterios del Reino, les enseñaba a orar, les proponía las actitudes evangélicas, los iniciaba en la vida de comunión con Él y entre ellos y en la misión. Esta pedagogía de Jesús modeló después la vida de la comunidad cristiana: «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42). La fe, de hecho, exige ser conocida, celebrada, vivida y rezada. Así pues, para formar en una vida cristiana integral, la catequesis desarrolla las siguientes tareas: conduce al conocimiento de la fe, inicia en la celebración del Misterio, forma para la vida en Cristo, enseña a orar e introduce en la vida comunitaria” (Directorio para la Catequesis 79)

Esperanza

- Vivir en esperanza es vivir desde la confianza de sabernos amados y acompañados. Esperar es edificar nuestra casa sobre roca, es apoyarnos en Cristo como ancla segura y firme de nuestra vida.
- Vivir en esperanza es vivir ya aquí en la tierra la promesa del cielo, vivir en esperanza es anticipar el cielo siendo signo del amor de Dios que transforma el mundo según su designio.
- En el RICA, en el rito de inicio del catecumenado, se le pregunta al candidato que inicia el proceso de formación ... ¿Que le pides a la Iglesia? El candidato responde... la vida eterna... La catequesis como proceso de aprendizaje mistagógico que culmina en la celebración de los sacramentos es también un proceso que lleva a esa vida eterna.
- Es más, la anticipa por la celebración de los sacramentos.
- La esperanza es Cristo, por la catequesis conocemos desde la experiencia y el testimonio de la comunidad y los catequistas a Cristo, en los sacramentos celebramos a Cristo... la catequesis es puerta a la esperanza.

“Aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme” (Heb 6, 18-19)

“La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz” (Bula de convocatoria Spes non confundit 3, Francisco)



Jubileo de los catequistas 2025
Aula Magna de la universidad lateranense de Roma
Catequesis impartida por D. Francisco Conesa Ferrer
27 de septiembre de 2025
La catequesis como puerta de la esperanza

LA CATEQUESIS, PUERTA DE LA ESPERANZA

Intentaré ayudaros a reflexionar sobre la catequesis como puerta de la esperanza. El título de esta catequesis es revelador, porque la acción de iniciar en la fe es una puerta que abre a hombres y mujeres al conocimiento del Dios revelado en Jesucristo, que es la fuente de nuestra esperanza. Mediante la catequesis entregamos una perla preciosa, enseñamos a descubrir ese tesoro escondido por el que vale la pena apostar todo (cf. Mt 13, 44-46).

Comenzaré hablando de la esperanza y de lo que significa educar en esta virtud teologal. Después me detendré en el catequista como persona que vive la virtud de la esperanza en su acción catequética. Seguidamente, hablaré de vivir la esperanza como comunidad cristiana y acabaré con una referencia al catequista como sembrador de esperanza.

1.- Educar en la virtud teologal de la esperanza

a.- El don de la esperanza

La esperanza es una de las tres virtudes teologales, es decir, aquellas que dirigen nuestra vida hacia Dios. Esto significa que la esperanza es, ante todo, un don que procede de Dios. La doctrina tradicional dice que es una virtud “infusa”: Dios las infunde en nuestros corazones para hacernos capaces de vivir como hijos suyos. En la carta a los romanos, san Pablo recuerda que “la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5, 5). La esperanza no es algo que construimos por nosotros mismos, no es fruto de nuestras ilusiones y proyectos, sino una gracia que Dios derrama en nosotros. En la bula de convocatoria del Jubileo explicaba el Papa Francisco que el Espíritu Santo es el que mantiene encendida la esperanza como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida (Spes non Confundit, 3). El Espíritu es “llama viva”, como cantamos en el himno de este jubileo.

La esperanza está íntimamente vinculada con las otras dos virtudes teologales: la fe y la caridad. La fe en Dios es el fundamento de nuestra esperanza. El cristiano confía en que Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. 1 Tim, 2-4).

Creemos que Dios no nos abandona nunca y que hace todas las cosas para el bien de los que le aman (cf. Rom 8, 28). La relación de fe y esperanza aparece claramente en la Carta a los hebreos, donde se explicita dice que “La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve” (11, 1). La esperanza es nutrida por la caridad (cf. *Spes non confundit*, 3). La esperanza nace de la experiencia de que Dios nos ama y nos salva. La confianza en ese amor engendra en nosotros la esperanza de alcanzar la plena comunión con Él y la felicidad.

En una preciosa metáfora, Charles Peguy decía que la esperanza es la hermana pequeña de la fe y del amor, que la llevan de la mano, pero al mismo tiempo es ella quien las lleva: “Esta niñita esperanza es la que atravesará los mundos, esta niñita de nada, ella sola, y llevando consigo a las otras dos virtudes, ella es la que atravesará los mundos llenos de obstáculos” (“El pórtico del misterio de la segunda virtud”). La esperanza alimenta la fe y el amor. Esperamos lo que creemos y amamos, y amamos y creemos lo que esperamos. La esperanza es como el aceite que alimenta la llama de la fe y el calor del amor.

b.- La catequesis y la esperanza

¿Qué puede hacer la catequesis? La catequesis no puede otorgar el don de la esperanza, pero puede ayudar a crear las disposiciones adecuadas para que la vida de los niños, jóvenes o adultos sea vivida con esperanza. En concreto, hay tres actitudes fundamentales, que podemos alentar en los catequizandos:

1.- La confianza en las promesas de Dios

El Dios que conocemos y hemos de transmitir es un Dios que es fiel a sus promesas. Dios es fiable: podemos confiar en su amor y podemos fiarnos de su palabra. Cuando contamos a los demás la historia de la salvación y, sobre todo, la muerte y resurrección de Jesús, es importante presentarlos como manifestación del amor que Dios tiene al hombre, de su fidelidad a pesar de nuestras infidelidades. Esto abre para el ser humano una gran fuente de esperanza, porque tenemos la certeza de que Dios nos rodea con su amor, aunque nos hayamos marchado de casa, como el hijo pródigo, o aunque nos encontremos en medio de dificultades y pruebas. Su amor es más fuerte que cualquier mal.

En más de una ocasión, san Pablo contrasta la actitud de los paganos y la de los cristianos y afirma que los paganos viven sin esperanza, mientras que nosotros vivimos en una gran esperanza, que se fundamenta en la resurrección de Jesús. También hoy muchas personas se encuentran desalentadas y temen el futuro; viven “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef 2, 12). Los cristianos hemos de brillar como hombres y mujeres que se mantienen “firmes en la esperanza que profesan” (Heb 10, 23).

2.- La seguridad de la presencia de Cristo en nuestras vidas

La segunda convicción firme que hemos de transmitir es la de la presencia de Cristo en nuestras vidas. Esta convicción se fundamenta en el misterio pascual, es decir, en la muerte y resurrección del Señor. Es significativo que la carta de Pedro comience con este himno de alabanza a Dios: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva” (1,3). Hemos nacido de nuevo a una “esperanza viva” posibilitada porque Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos.

En el Directorio para la Catequesis se recuerda que “de la Pascua de Cristo, testimonio supremo de su Evangelio, surge una esperanza que va más allá de los horizontes visibles de lo inmanente, para fijarse en la eternidad: ‘Si lo que esperamos de Cristo se reduce solo a esta vida, somos los más desdichados de todos los seres humanos’ (1 Cor 15,19). La catequesis, eco de la Pascua en el corazón de la persona, invita incesantemente a salir de sí mismo para encontrarse con el Viviente, Aquel que da la vida en plenitud” (n. 426).

El núcleo del kerygma y de la fe cristiana es el acontecimiento de la Pascua. Nosotros no comunicamos una serie de contenidos, normas o reglas de vida; lo que proclamamos es un acontecimiento, un encuentro, una relación concreta y viva que nos llena de esperanza. Es necesario hacerlo con un lenguaje simple, comprensible y capaz de llegar al corazón de las personas. No es una enseñanza teórica, sino un testimonio de vida, que conduce el encuentro personal con Cristo.

La seguridad de la presencia de Cristo se hace especialmente patente en los momentos de dificultad y de prueba. En la carta a los romanos escribe San Pablo que nada nos podrá separar del amor de Cristo: “estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom 8, 38-39).

3.- La aspiración a la felicidad plena en la vida eterna

La tercera actitud que hemos de ayudar a suscitar es la aspiración a la felicidad plena. En el corazón de los hombres está inscrito el deseo de felicidad, aunque muchas veces se haya oculto o se ha intentado acallar con cosas que no llenan al ser humano. Tendríamos que ser maestros en el arte de soplar sobre las brasas para encender en el corazón del ser humano el deseo de eternidad, el anhelo de infinito. No nos conformamos con alegrías parciales y pasajeras. Aspiramos a la felicidad plena para siempre.

Precisamente el anuncio de la vida eterna es una promesa fundamental de la fe cristiana. El catecismo de la Iglesia define la esperanza como “la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo” (n. 1817). La clave de esta virtud consiste, por ello, en confiar en Cristo y en su promesa de felicidad y de vida. Él nos da la certeza de que las aspiraciones del corazón humano a la felicidad no son vanas, porque Dios desea otorgarnos la felicidad plena, que consiste en vivir en plena comunión con Él, con toda la humanidad y con las criaturas de este mundo.

La fe en la resurrección y en la vida eterna no es sólo una doctrina que creemos, sino una realidad que transforma la existencia humana. La promesa de la vida eterna permite a los creyentes afrontar con serenidad y coraje los desafíos de la vida humana. Esta esperanza no es un deseo vano sino una certeza fundamental, que se inicia con la resurrección de Cristo. Jesús resucitado es “primicia de los que han muerto” (1 Cor 15, 20). Él abre la humanidad a la esperanza en que la vida no termina con la muerte, “sino que se transforma” para siempre. “Más allá del umbral de la muerte -explica la bula- está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito” (Spes non confudit, 22). La comunión plena con Dios y con toda la creación será nuestra felicidad. Nosotros vivimos con esta esperanza firme y así lo transmitimos.

Creo que un reto importante de la catequesis es transmitir a los hombres de hoy -y especialmente a los niños- la fe en la vida eterna, en un lenguaje comprensible para el hombre contemporáneo. Tengo la sensación de que muchas veces hemos dejado de hablar de la vida futura, porque no sabemos como hacerlo. En el peor de los casos, decimos a los niños que su abuelito está “en las estrellas” o “se ha ido de viaje”, cuando lo mejor es utilizar un lenguaje sencillo y accesible, sin ocultar la verdad.

2.- El catequista, persona que vive la esperanza

Damos un paso para centrarnos en el catequista como persona que vive la esperanza no sólo en su vida como cristiano, sino también en la acción catequética. Es importante, por supuesto, ser hombres y mujeres que viven las actitudes que acabamos de mencionar (confianza en la fidelidad de Dios, en la presencia de Jesús y en la vida eterna), porque, como sabemos muy bien, la esperanza -como las demás virtudes- se transmiten, sobre todo, “por contagio”, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende a otra llama (cf. Lumen fidei, 37). Más que largos y sabios discursos, convence el testimonio de vida del catequista. Comunicamos esperanza a través de una vida vivida, probada, experimentada en la relación vivificante con Jesucristo.

Pero también la acción catequética ha de estar cargada de esperanza. La esperanza en la catequesis se traduce en tres actitudes: confianza, paciencia y alegría.

a.- Confianza

La confianza a la que me refiero es doble: en las personas y en la Palabra de Dios. La fe cristiana nos mueve a confiar en las personas, en su capacidad de reaccionar y cambiar. No damos a nadie por perdido, como tampoco Jesús lo hizo. Esto nos lleva a vivir con serenidad y paz la relación con los demás, particularmente con los niños, jóvenes o adultos que intentamos catequizar. Sabemos que las dificultades con que nos encontramos son muchas, pero no nos desanimamos, porque confiamos en las personas, y, como Jesús, les ofrecemos una oportunidad para que cambien.

La esperanza nos conduce también a confiar en la fuerza de la palabra de Dios que sembramos, sabiendo que Él es quien la hace germinar en el corazón de los hombres. Nosotros plantamos, pero quien hace crecer es Dios (cf. 1 Cor 3, 6). Confiamos en la fuerza de la Palabra, que es semilla que fecunda el corazón del ser humano y lo transforma. Nosotros sembramos la Palabra, anunciamos el Reino, pero hacer crecer y madurar es obra de Dios y no nuestra. Esperamos de Dios la gracia de ver realizadas sus promesas. Nuestro deseo no es que ver que nuestros planes se cumplen sino la que da saber que los planes de Dios se cumplirán.

b.- Paciencia

Una virtud estrechamente vinculada con la esperanza es la paciencia. Se trata de una virtud a la que no solemos prestar atención en nuestros días, en los que estamos acostumbrados a quererlo todo de inmediato. En la bula de convocatoria del jubileo se dice que “la paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón” (Spes non cofundit, 4).

La paciencia es también muy importante en la relación con los demás. Ni una amistad sincera ni la vida familiar pueden desarrollarse si nos dejamos llevar por las prisas y nerviosismos. La paciencia nos ayuda a mantener la calma, controlar nuestros instintos, refrenar malas respuestas, aplacar las peleas y conflictos. La raíz de la paciencia está el amor. Por eso en el himno a la caridad dice San Pablo que “el amor es paciente, es benigno” (1 Cor 13, 4). No olvidemos que entre las obras de misericordia espirituales está la de “sufrir con paciencia los defectos del prójimo”. Del mismo modo que Dios es paciente y misericordioso con nosotros, también nosotros lo hemos de ser con los demás, con el fin de ayudarle a crecer.

En la educación en la fe resulta clave la paciencia. La paciencia nos enseña a aguardar los frutos, a perseverar y tener confianza en “el Dios de la constancia y del consuelo” (Rom 15, 5). El catequista se hace compañero de camino y acompaña el crecimiento en la fe de las personas con paciencia, sentido de la gradualidad y dedicación (Directorio para la catequesis, 113, 149). El catequista ha de vivir muchas veces su ministerio bajo el signo de la paciencia, porque en la catequesis no se trata simplemente de preparar para recibir un sacramento, sino de acompañar a la persona en el proceso de interiorización y vivencia de la fe. Para los primeros cristianos la paciencia estaba ligada estrechamente con la perseverancia en la fe durante las persecuciones y en las dificultades a las que está expuesta el pequeño rebaño. Por eso, hablar de paciencia es hablar de prueba y de sufrimiento. San Pablo escribe que “nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza” (Rom 5,3-4). La carta a los Hebreos invita a tener la mirada fija en Jesús, como ejemplo de paciencia y perseverancia en la prueba.

c.- Alegría

Hay otra virtud que va unida a la esperanza: la alegría. La esperanza nos hace trabajar con alegría. Nosotros anunciamos una palabra que es Evangelio, buena noticia y que sólo puede ser transmitida como tal por quien vive la alegría del Evangelio. Anunciar a Cristo es, sobre todo, compartir una alegría que llena nuestro corazón.

Esta alegría se ha de expresar tanto en la sesión de catequesis como en nuestras celebraciones, que han de ser una fiesta. Tanto la catequesis y la celebración cristiana han de rebosar de alegría. El catequista es testigo de “la alegría del Evangelio”.

Para que estas actitudes estén presentes en nuestras catequesis, hemos de ser hombres y mujeres cargados de esperanza. No olvidemos que la esperanza se alimenta en la escucha de la Palabra de Dios y en la oración. La oración es un ejercicio del deseo, como dijo San Agustín. Rezar ayuda a ensanchar el corazón y a purificar nuestros deseos y esperanzas. Como catequistas, vivimos esperando lo que no se ve, lo que nos mueve a ser personas de oración, que ponen toda su confianza en Dios. En una de las últimas catequesis sobre la esperanza ha dicho el Papa León que “la esperanza cristiana no nace en el ruido, sino en el silencio de una espera habitada por el amor. No es hija de la euforia, sino de un confiado abandono” (Audiencia 17-9-2025).

La participación en la Eucaristía hace acrecentar nuestra esperanza, porque cada Eucaristía es Parusía, venida del Señor y, a la vez, nos pone en tensión deseando que se revele lo que permanece oculto tras los signos sacramentales. La vivencia del encuentro sacramental con Cristo hace dirigir la mirada hacia “el que viene” (Ap 1,4). San Pablo escribía a la comunidad de Corinto:

"Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga" (1 Cor 11, 26). Nosotros repetimos en cada Misa: ¡Ven, Señor Jesús! Cada Eucaristía es un anhelo, un suspiro por la consumación, por el encuentro definitivo.

3.- Somos miembros de un pueblo que peregrina con esperanza. Nuestro caminar en el seguimiento de Cristo y nuestro ministerio de catequistas no lo hacemos solos, sino con otros cristianos, en la Iglesia. No somos viajeros solitarios, sino que caminamos junto a otros (sinodalmente). En nuestros días es muy fuerte la tentación del individualismo, que lleva a algunos a pensar que podrán vivir su fe sin la comunidad cristiana, desenganchados de la Iglesia. Nosotros hemos de sentir el "gozo espiritual" (EG 268) de ser pueblo de Dios. Hemos de redescubrir el gozo de hacer el camino juntos. El último Sínodo ha acentuado el valor de la palabra "juntos". La vida cristiana no se puede vivir de manera aislada, sino que sólo puede ser vivida junto al otro, formando parte de un pueblo, de un cuerpo, de una familia.

El jubileo pone el acento en que "juntos" somos peregrinos hacia la meta y que caminamos guiados por la esperanza. Somos parte de un pueblo que peregrina, de una familia que camina unida. Ser peregrino significa no aferrarse a las cosas de este mundo y tener el corazón ardiendo en el deseo de alcanzar la felicidad eterna. Dice la Carta a los hebreos que no tenemos aquí en la tierra una ciudad permanente y por ello invita a buscar la ciudad que tiene que venir, la ciudad futura. Formamos parte de un pueblo de peregrinos; somos peregrinos de la esperanza, que estamos de camino ciudad de sólidos fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios (cf. Heb 11, 10).

El ministerio del catequista sólo se entiende en la Iglesia y desde la Iglesia. "El catequista pertenece a una comunidad cristiana y es expresión de ella. Su misión se vive dentro de una comunidad que es el primer sujeto de acompañamiento en la fe" (Directorio, 111).

Como catequistas hemos de sentirnos muy unidos a toda la comunidad, que nos ha encomendado esta preciosa tarea. Unidos a los proyectos y sueños de nuestra iglesia diocesana, empeñados en llevar a cabo, junto a otros, la evangelización. A la vez, no es posible realizar una buena catequesis sin la participación de toda la comunidad. El catequista no es transmisor de unos conocimientos sino de una experiencia eclesial, fruto de la vivencia del caminar juntos. Es muy importante recuperar esta dimensión eclesial y comunitaria de la fe y de su transmisión. Antes que los catecismos están los catequistas, pero antes que los catequistas está la comunidad eclesial. Del mismo modo que no es concebible una comunidad cristiana sin una buena catequesis, tampoco se entiende una catequesis sin la participación de la comunidad cristiana[1].

Quizás el fallo de la catequesis actual no esté en los catecismos ni en los catequistas, sino en la carencia de una comunidad eclesial que sea el vientre que genere los nuevos cristianos. A veces olvidamos que la finalidad de la catequesis es incorporar a los niños y jóvenes a la comunidad.

b.- El catequista en la comunidad trabaja por la unidad

En el seno de la comunidad el catequista ha de ser sembrador de la unidad, artífice de comunión. El Papa Francisco, en el mensaje para la Cuaresma de este año, decía: “Caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios (cf. Ga 3,26-28); significa caminar codo a codo, sin pisotear o dominar al otro, sin albergar envidia o hipocresía, sin dejar que nadie se quede atrás o se sienta excluido. Vamos en la misma dirección, hacia la misma meta, escuchándonos los unos a los otros con amor y paciencia”. Por eso, hay que estar alerta para evitar todas las actitudes que siembran división y provocan discordias. Hemos de reconocer con vergüenza que en el seno de la Iglesia han penetrado las tensiones y polarizaciones que viven las sociedades occidentales. Pero nosotros no podemos entrar en este juego. Somos centinelas de esperanza. Hemos de ser artesanos de unidad en la comunidad

4.- El catequista, sembrador de esperanza

Finalmente, el catequista es, también, un sembrador de esperanza, que transmite y contagia esperanza a todas las personas. Lo hace con su palabra y, sobre todo, con su vida.

a.- Con su palabra

Primero, sembramos esperanza con nuestra palabra, con lo que decimos. Somos conscientes de que en el corazón de todos los seres humanos anida la esperanza, como un anhelo y expectativa de bien y de felicidad. Para ellos, los cristianos tenemos una palabra de esperanza, porque Jesucristo es una gran fuente de esperanza para la humanidad. El poeta Charles Peguy decía en el poema mencionado “la Esperanza es una niñita de nada que vino al mundo la Navidad”.

-Conduciendo a Cristo (mistagogia)

La esperanza cristiana se funda en la certeza de lo que ya ha sucedido, la muerte y resurrección de Jesús. Por eso dice san Pablo que la esperanza no defrauda (Rom 5, 5). No se funda en lo que nosotros podemos hacer ni en lo que pueda suceder, sino en el amor de Dios que ya ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Los catequistas están llamados a ser servidores de la esperanza, promoviendo el encuentro de las personas con Cristo.

El catequista es un mistagogo, que conduce de la mano hasta Cristo, introduciendo en su misterio. Con humildad y con alegría, hemos de llevar a los demás hasta Cristo, fuente de toda esperanza. No se trata tanto de “educar”, como de “iniciar”; educar es poner en contacto con el mundo externo; iniciar es introducir en el misterio de Dios y conducir al encuentro real con el Señor en el seno de la comunidad. Hay siempre en la catequesis una dimensión educativa, pero iniciar es más que educar. La catequesis conduce a encontrar a Jesús, conocerle, celebrarle, vivirlo y también a gustar su bondad y su amor. El Papa Francisco, en su exhortación “*Evangelii Gaudium*” subrayó la necesidad de realizar una “renovación mistagógica” y dijo que la mistagogia no era sólo una etapa del proceso, sino que debía estar presente como una dimensión de la catequesis (cf. EG 166). Es decir, nuestra catequesis ha de ser siempre mistagógica, porque su objetivo es introducir a las personas -niños, jóvenes o adultos- en el misterio de Cristo, facilitando el encuentro vivo con Él. También el Papa Benedicto había propuesto “una catequesis de carácter mistagógico que lleve a los fieles a adentrarse cada vez más en los misterios celebrados” (*Sacramentum Caritatis*, 66).

-Dando razón de la esperanza

Además, estamos llamados a “dar razón de nuestra esperanza a todo el que la pidiere” (Cf. 1 Pe 3, 15), como indica la carta de Pedro. Hemos de explicar a los demás, las razones por las que vivimos la vida con esperanza, confiando en Dios y en las personas. Hemos de vivir la esperanza y aprender a exponer con serenidad, respeto y recta conciencia las razones que nos llevan a confiar en Dios y en la fuerza del Evangelio. En medio de una generación que no sabe a dónde va, es importante saber explicar que la fuente de toda nuestra esperanza es Jesucristo resucitado.

En este punto conviene hacer referencia a la necesidad de formación, para poder “dar razón”, ofrecer un logos a quien nos lo pidiere. Una formación que ha de ser, como reclama el Sínodo, integral (implicando las dimensiones intelectual, afectiva, relacional y espiritual de la persona), compartida (es decir, en la que participen juntos hombres y mujeres, laicos, consagrados y ministros ordenados), continua y que tiene como punto de referencia la iniciación cristiana. La plenitud de la formación es la conformación con Cristo (cf. DF cap. V).

b.- Siendo “signo de esperanza” para los demás

Además de la palabra, también podemos ser sembradores de esperanza con nuestro testimonio y nuestra vida. El Directorio para la catequesis, al señalar las características del catequista, dice:

“El testimonio de vida es necesario para la credibilidad de la misión. Reconociendo su propia fragilidad ante la misericordia de Dios, el catequista nunca deja de ser un signo de esperanza para sus hermanos” (DC 113). Su misma persona, sus acciones, su vida ha de conducir a que los demás se interroguen por su vida y por las razones de su esperanza.

Además, en la Bula se nos pide particularmente “ser signos tangibles de esperanza” para las personas que se encuentran desoladas o desanimadas y para los hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria (*Spes non confudit*, 10). Resulta significativo que en el Jubileo se nos convide no sólo a peregrinar hacia las grandes basílicas, sino también hacia el hermano que nos necesita: “los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigirán a visitar por un tiempo adecuado a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con capacidades diferentes...), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cfr. Mt 25, 34-36)” (Penitenciaria apostólica, Normas sobre la concesión de las indulgencias, 13-5-2024).

Los catequistas podemos ser signo de esperanza con nuestra presencia, nuestra cercanía y apoyo a todos. Pienso, de modo particular, en la atención que debemos prestar a aquellos niños, jóvenes o adultos con capacidades diferentes, a los que proceden de la emigración o a los que se encuentran en situación de vulnerabilidad o de exclusión social, practicando una cultura de la acogida y de la inclusión. Podemos traerles esperanza con nuestra cercanía y solidaridad. Decía el Papa Francisco en la bula para este año santo: “Sí, necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. Rm 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe” (*Spes non confudit*, 18).

Para ello es preciso una catequesis que privilegia la relación respecto a la organización, la compasión respecto a la perfección, la construcción de itinerarios sobre los programas muy elaborados. Es decir, una catequesis que se adapta al ritmo de cada persona.

5.- María, madre de la esperanza

Finalmente, os invito a mirar a María, porque en ella encontremos el más alto de esperanza. Ella vivió confiando incondicionalmente en Dios. María está unida a toda la esperanza de Israel. Ella forma parte del “resto” fiel de Israel que espera en Dios. Como el anciano Simeón o como Ana, esperó “el consuelo de Israel” (Lc 2, 25). Alimentada por la Escritura santa, canta con gozo al Dios que cumple la promesa que hizo a Abraham y su descendencia (cf. Lc 1, 55).

Esta esperanza se mantuvo en medio de las dificultades y contradicciones que tuvo que afrontar: la pobreza de Belén, las dificultades de la emigración, la constatación de que Jesús era un “signo de contradicción” (Lc 2, 34), la creciente hostilidad de las autoridades, que acabaría en la cruz, en la que vio morir como un fracasado al Hijo de Dios. En el Gólgota la espada del dolor atravesó su corazón (cf. Lc 2, 35) al ver a su hijo ajusticiado injustamente, vilipendiado, rechazado. Los evangelios dicen de modo lacónico que ella “estaba” (Jn 19, 25). En el momento más cruel, en medio del mayor dolor, “stabat Mater”, se mantuvo erguida al pie de la cruz. “Al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor” (Spes non confundit, 24). Así, junto a la cruz, María se convirtió en madre de los creyentes, de los que esperan contra toda esperanza (cf. Rom 4, 18).

Esa fe le acompañó en la oscuridad del sábado santo y en la alegría que sintió en la mañana de Pascua, al recibir la noticia de la resurrección de Jesús. Tras la ascensión al cielo de Jesús, permaneció junto a los discípulos como madre suya, alentando su esperanza. Ella estaba allí, unida a los discípulos de sus hijos; también junto a Pedro, que había renegado, y junto a los demás, que huyeron por miedo en el momento de la cruz. La experiencia de la resurrección de Jesús abrió a María a la esperanza de estar con Él para siempre, de participar en su Pascua y gozar por la eternidad de la plena comunión con Dios. Mirando a María, aprendemos a vivir la esperanza en todos los momentos de la vida, a ser hombres y mujeres llenos de esperanza. Ella “precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 68). Ella es Madre de la esperanza, que en los momentos más duros de la vida nos ayuda a mantener los ojos fijos en Jesús.

Ella es también modelo de catequistas y madre de los catequistas, porque nos enseña las actitudes fundamentales para ser buenos catequistas: la confianza, la paciencia y la alegría.

Jubileo de los catequistas 2025
Iglesia de San Gregorio VII, Roma
Catequesis impartida por D. Mikel Garciandía Goñi
27 de septiembre de 2025
La catequesis como puerta de la esperanza

Queridos catequistas de Madrid, Málaga, Sigüenza, Navarra, Costa Rica, Honduras, USA...

Visitar las tumbas de Pedro y Pablo en un año jubilar es todo un regalo para cada uno de nosotros. ¿Qué nos dicen los apóstoles de esta ciudad hoy a cada uno de nosotros? Porque nuestra vocación de catequistas conlleva abrir la puerta de la esperanza, no sólo a nuestros niños y jóvenes, sino a cuantos nos encontremos en nuestro camino. Nos ponemos en una clave de escucha, y luego podremos dialogar sobre lo que nos haya podido inspirar el Espíritu, o las dudas o sugerencias que queramos aportar.

Pedro: “glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo”.

Pablo: Festo al rey Agripa, sobre Pablo, detenido en Cesarea Marítima, a punto de embarcar para Roma, como ciudadano romano para ser juzgado por el César: “ciertas discusiones acerca de su propia religión y de un tal Jesús, ya muerto, que Pablo sostiene que está vivo [...] como Pablo ha apelado, he dado orden de que se le custodie hasta que pueda remitirlo al César”.

Por otra parte, la liturgia de hoy sale también a nuestro encuentro con estas palabras de la Eucaristía, con Zacarías: “alégrate y goza, hija de Sión, que yo vengo a habitar dentro de ti”

1. La catequesis, puerta de la esperanza.

En el Congreso para las vocaciones, celebrado el pasado mes de febrero y cuyo documento preparatorio titulado era “Del pienso luego existo, al soy llamado, por eso vivo”, llevaba también un subtítulo igualmente llamativo: “De la pastoral de la opción y los valores a la pastoral de la obediencia y la santidad”. Estoy convencido de que está ya terminando el tiempo en que los cristianos debíamos hacer análisis de la realidad para poder encarnar la fe en nuestro tiempo, y que comienza una época en la que debemos ofrecer una síntesis, un mapa con el que no perdernos en esta peregrinación que nos lleva a Jerusalén. Ser catequistas requiere y supone conocer la ruta, saber el destino, y superar toda tentación de volver a Egipto, donde las seguridades conllevan una vida de esclavitud y resignación. Se necesita coraje para traspasar la puerta de la esperanza. Y por ello, considero que necesitamos ser originales, es decir, viajar al origen de nuestra fe.

Cuando Bernabé y Pablo volvieron de su viaje misionero, contaron en Antioquía “lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe” (Hch 14, 27).

Resulta para mí novedoso y profético que este cambio de época venga marcado de una manera inequívoca hacia la primacía de la gracia, para rescatar a la libertad humana (tal y como es presentada por las ideologías dominantes) de su colapso y su desvarío: soy llamado, por eso vivo. El documento de trabajo de la Conferencia Episcopal Española presenta en qué consiste el cambio de época, con tres cuestiones centrales y que hoy reclaman una nueva lectura. Y la primera es la relación entre naturaleza y gracia. La gracia ha sido sustituida por la cultura, y la misma cultura está devorando a la naturaleza. Sólo queda como alternativa, la conversión.

En segundo lugar, hay que recrear una nueva síntesis, retejiendo la comunidad, para sanar la relación entre Iglesia y sociedad. Y en tercer lugar, el documento aborda la relación entre el tiempo y la vida eterna: la confesión de fe para la germinación de la novedad. En la modernidad, el Reino ha terminado por ser asimilado con el progreso, y esa ambigüedad ha resultado nociva para la Iglesia y para el mundo. Y resulta providencial que, siguiendo con la bula pontificia, el Papa rescate dos elementos del Credo que tienen un especial relieve para nuestras situaciones de hoy: el primero, la vida eterna, que nos libera de una visión mundana y abocada a la muerte: “Creo en la vida eterna... Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto

en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20)” (Spes non confundit, 19).

El segundo elemento, también arrumbado a menudo en la predicación a la comunidad cristiana: “Otra realidad vinculada con la vida eterna es el juicio de Dios, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. El juicio de Dios, que es amor (cf. 1 Jn 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46) La Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12,19.22)” (Spes non confundit, 22).

Las inquietudes sociales también han de ser atendidas para que este año sea verdaderamente santo: el fin de las guerras, el trato humano a los presos (el Papa abrirá una puerta santa en una prisión), el fin de la pena de muerte, la debida atención a los migrantes, exiliados, refugiados y desplazados, así como la condonación de la deuda Norte-Sur. En un contexto aún más próximo, a los enfermos, jóvenes y ancianos ha de llegar ese mensaje nítido y eficaz de la esperanza. Y entre aquellos que nos insuflan esperanza, tantas comunidades que sufren persecución, marginación. La Iglesia de los mártires. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

2. Nuestra historia es una historia abierta

Sólo cabe abrir la puerta de la esperanza, si consideramos que el recorrido de la Iglesia está plenamente vigente y abierto. No somos un residuo cultural (como algunos quisieran), sino un fermento, un resto santo que continuamente retoña. Eso es lo que nos muestran los finales de los evangelios, libros estructuralmente abiertos, no consumados todavía, y a los que cada generación les añade una versión renovada.

Final de Lucas, Hechos de los apóstoles: “permaneció allí un bienio completo en una casa alquilada, recibiendo a todos los que acudían a verlo, predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos” (Hch 28, 31)

Lucas hubiera podido narrar el martirio de Pablo que se produjo poco tiempo después, pero no quiso hacerlo así. Lo presentó en su vigencia, en su tarea misionera, que sigue en nosotros.

Primer final de Marcos: “ellas salieron huyendo del sepulcro, pues estaban temblando y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, del miedo que tenían” (Mc 16, 8)

Marcos dejó aquí inicialmente un final de suspense, para que cada cual entrara al sepulcro y comprobara por sí mismo lo que había pasado. Pero la comunidad le llevó a completar un final que todavía deja más abierta la conclusión, que continúa con nuestra propia misión.

Segundo final de Marcos: “ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban” (Mc 16, 20)

Final del evangelio de Mateo, el verbo conjugado en forma personal es el de la tarea del catequista, misionero:

HACED DISCÍPULOS

- SALIENDO (habitualmente traducido como ID)
- BAUTIZANDO
- ENSEÑANDO

“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días (eos tes sintelleías tou aiónos, usque ad consummationem saeculi) hasta el final de los tiempos”. Hace referencia a que es el propio Jesús el que lleva a cabo, consuma, lleva al fin nuestra tarea.

Mateo 5, 48: sed perfectos, como vuestro Padre del cielo es perfecto. Esesce téleioi. Búsqueda de la semejanza con Dios, búsqueda del crecimiento de la amistad con Cristo. Abnegación, luchar por eliminar cuanto impide nuestro crecimiento de su amistad. Aiscésis tes parousías. Experiencia de una presencia.

Final de Juan, evangelio: “Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir

Apocalipsis: “El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!

Y quien lo oiga diga: ¡Ven!

Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente.

Dice el que da testimonio de estas cosas: Sí, vengo pronto.

Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

La gracia del Señor Jesús esté con vosotros.

Obediencia y santidad

Virgen María

3. Un tiempo nuevo

- Fin de la cristiandad y vuelta al origen
- De cristianos consumidores exigentes de productos religiosos, a discípulos misioneros
- El eslabón perdido: ya no el primer anuncio, sino el catecumenado, la iniciación
- De la parroquia como territorio físico, a la parroquia/unidad pastoral como espacio existencial donde todos los carismas tienen un lugar
- Del clero solitario al trabajo en equipo, discerniendo liderazgos
- De una catequesis de infancia hacia una iniciación de adultos y de la familia
- De gestionar la decadencia, a preparar la llegada de nuevos rostros a nuestras comunidades
- Un resto santo, donde cada uno de nosotros tiene en agenda 5 personas por quienes orar y a quienes invitar a un diálogo profundo

4. Pequeño taller de evangelización

Dialogaremos a continuación tomando las indicaciones de Michael Paul Gallagher (SJ), acerca de cómo hablar con no creyentes, y de Vittorino Andreoli, sobre lo que un ateo ve y espera de nosotros. El cristianismo sólo es fecundo cuando su identidad es abierta, es decir, cuando llega a descubrir la acción del Espíritu Santo más allá de nuestra zona de confort, y descubrimos el misterio de Dios y de su acción en todas partes y en todas las personas y situaciones.

Los cristianos no profesamos una ideología, ni defendemos un sistema, ni nos reducimos a una moral o una mística, somos el Cuerpo de Cristo, que dos mil años después sigue anunciando, sanando, venciendo al maligno, recreando la humanidad nueva en el Espíritu para la gloria del Padre.

¿Desde estas claves, cómo podemos serlo y hacerlo?

Anexo 1

DIALOGOS SOBRE LA FE (con no-creyentes)

ELEMENTOS FUNDAMENTALES:

La relación es más importante que el contenido.

La disposición es central (la tuya y la suya)

El creyente requiere:

respeto por la otra persona

confianza en sí mismo

la capacidad de enfocar las cosas esenciales

sentido del Espíritu.

El no creyente requiere:
ser escuchado con sensibilidad
superar el nivel de debate o controversia
ser puesto en contacto con su historia personal

Todo ello con la finalidad de ampliar el discurso desde la discusión a la experiencia (como en ciertos episodios del Evangelio: la Samaritana (Jn 4), el camino hacia Emaús (Lc 24).

EN LA PRACTICA se dan situaciones que han de ser evitadas o favorecidas:

Evitar:
lanzarse con respuestas apresuradas
responder intelectualmente (al menos al comienzo)
animar hacia una nueva forma de comprender
defender todo
negar tus dificultades

Favorecer:
delimitar la dimensión vivencial más allá de los problemas
discernir las buenas nuevas escondidas en lo oscuro (mistagogía)
escuchar y hablar sólo cuando llega el momento justo
mantener una sintonía personal de comunicación
conformarse con una sola cosa cada vez

Recorrido de los evangelizadores en cuatro pasos:

- 1.Dios tiene un proyecto para tu felicidad.
- 2.El pecado, el miedo, las heridas te alejan de él.
- 3.Puedes volver al camino correcto aceptando a Cristo como tu Salvador.
- 4.De esta forma podrías cambiar y vivir de manera distinta.

Anexo 2:
Un creyente, que quiere creer, escribía en el Corriere della Sera:
El bien existe, «¡basta de ocultarlo!»

Creer en Dios y, por tanto, sentirse parte de una historia que se enlaza también a una ciudad del cielo, además de a la de la tierra, tiene una importancia significativa a la hora de dirigir nuestras acciones hacia el bien.

Puede parecer extraño mi interés, teniendo en cuenta que yo no creo, si bien siento un grandísimo respeto por quien cree y, de hecho, querría creer; recordando el triste pensamiento de Pascal: «No es suficiente querer creer para creer», que testimonia la experiencia de que no depende sólo de quien quiere encontrar a Dios, sino también de Dios, que tiene que hacerse vivo.

¿Qué significa creer según los parámetros de la lógica del mundo? No pienso, ante todo, que sean dimensiones en contradicción, sino que se puede, en palabras de un gran Papa, aspirar a transformar el mundo primero en humano, y, luego, de humano en divino.

Creer en Dios significa disminuir enormemente el narcisismo y el egocentrismo, aquella necesidad de ponerse en el centro de la atención y de reconducir a uno mismo y sólo a uno mismo cada significado y todo el significado de la vida y del mundo. Si creo en un Dios, creo necesariamente que mi yo depende de Él y, por tanto, que no podré imponerme o emplear mi tiempo en un homenaje a mí mismo. Si creen no pueden ser narcisos, porque gozan más no mostrándose a sí mismos, sino a aquel Dios que quisieran compartir.

El creer permite separar mejor el narcisismo de la autoestima que, de hecho, al creer aumenta, porque existe la conciencia de un valor todavía más alto que lo humano. Hay quien, al entrar por la mañana en la oficina, no saluda y pretende ser saludado, y quien en cambio encuentra placer en saludar y en transmitir una sonrisa que no tiene nada de especial, pero comunica una percepción de sí y del mundo.

Cierto que toda creencia en Dios tiene sus propias especificidades, y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob presenta dos provocaciones que parecen disparatadas. La primera es la de pedir a los creyentes que perdonen al enemigo; una petición totalmente contra natura, ya que ésta pone la lucha contra el enemigo como fundamento de la supervivencia y de la vida en esta tierra. La segunda revolución es mostrar al mismo Dios en la cruz, y no en la forma de un poderoso sentado en un trono de oro, sino clavado en una cruz sanguinolenta; una creencia que no puede, en absoluto, pensar en obtener ningún poder sobre la tierra, y que no puede, ciertamente, elaborar estrategias de victoria con armas y odio. En resumen, un Dios que enseña sólo a amar. Un Dios increíble en el que creer. A lo que nos reclama es a creer en Dios, la expresión más fuerte y extrema del creer, si bien tienen una función análoga también las ideologías, que colocan por encima del propio yo la exigencia de los derechos de igualdad y de justicia; dimensiones que realmente están en contra de todo individualismo extremo.

El caso que ahora voy a recordar ilustra lo que es creer en un Dios, y no se trata de un caso pequeño y escondido, sino grandioso a mi modo de ver: el de sor María Laura Mainetti, la monjita que, llamada de noche para socorrer a una chica que le había dicho que esperaba un hijo y necesitaba ayuda, fue rápidamente y se encontró con tres muchachas que le habían engañado y que la mataron. Una mujer que gozaba ayudando en lugar de haciendo el mal, y estoy seguro de que, creyente como era, se alegró de haber ido, aunque fuera en balde, y para encontrar la muerte. El deseo de dar es hermosísimo. Si cada uno de nosotros supiera el gozo que proporciona, comprendería a esta mujer y no la consideraría una víctima. Creo que esta monja ha vivido bien, y ha conocido gozos extraordinarios. El gozo de darse a los demás sin importar si mucho o poco. Entre dar y quitar, amar o juzgar, la diferencia es abismal: por medio hay una creencia.

Vittorino Andreoli



